

Hasta lo más modesto tiene para Juana de Ibarbourou color y sabor de encantamiento. "Mi calle, humilde de día, de noche se hace fantástica". El coco, áspera fruta que del Brasil le llega, hace brillante el día lluvioso. "Cuando hundo los dientes en su pulpa compacta, me parece que bebo agua del Amazonas y muerdo sol". El Tacuarí, su río nativo, tiene las aguas hechizadas. Quien calma la sed en ellas se vuelve soñador y vagabundo. El viento del llano le pasa los dedos por la nuca y le hace descender por la espalda "el relámpago de un escalofrío olvidado". Piensa en los vendedores ambulantes, en los indios ateridos de frío, en los negros crepitantes de calor, en las diversas situaciones, costumbres y climas de nuestra inmensa América.

Y enamorada de toda ella, profunda de bondad, quiere la rosa de los vientos, "la que ninguna mujer ha tenido en la cintura ni en los cabellos", para hacerla bailar entre los dedos divinos que acarician el papel en que escriben, "feliz de poseer el dón supremo de dar un soplo cálido a la altiplanicie helada y una corriente fresca al horno tropical". Capricho de niña, pero también de diosa, ese de hacer crecer los arbustos de café y las palmas de coco frente a la cabaña del indiecito triste, de carne erizada por el aire que corta, a tiempo que hace revolcar al viento lo mismo que a un potro, según dice, o que lo hace mover como un abanico entre los negros bulliciosos que en los ingenios se asan!

El mar vuelve a llamarla. Puede sentirse atada y feliz en la contemplación de los valles y los montes, pero no puede escapar a la sugestión del Atlántico, que hasta la puerta de su casa llega, sembrado de caminos. Un afán de partida se apodera de su espíritu, y la mece, y la arrulla, y le ausenta los ojos, que se van tras el espíritu, mientras la reflexión retorna y la convence de que el deseo, bello como deseo, traza arabescos en torno de lo inútil. Símbolo de la felicidad es la escapada hacia tierras remotas, porque siempre creemos que estaremos mejor donde no estamos. La realidad, cuando el deseo se cumple, lo va borrando todo. Ya dijo para siempre Pierre Loti la melancolía de los viajes. ¿De qué valen los cambios si el ser humano encuentra a donde quiera que llega, que anticipadamente instalado lo está esperando su espíritu?

"Quédate donde lo quieran tus fatalidades", escribió Barrés. Nada más dulce que acomodar el ánimo feliz a ese consejo. Todos los días vamos echando raíces. La tierra que nos nutre, nos sorbe. De ella vivimos y para ella vivimos. Poco a poco nos sentimos invadidos de una conformidad que se va transformando en ternura, en amor, en un arraigo tan hondo que ya no es de las plantas sino del corazón, mientras llega la hora de que el corazón se detenga y las patas se hundan, para siempre jamás, entre el suelo y la som-

bra. Que Juana de Ibarbourou siga iluminando! Aunque quiere irse de la juventud, la juventud la detiene y le afirma en el rostro sus encantos. Todo en ella es musical, es femenino, es poderoso, como invitación a los palacios de la fantasía

que a cada nuevo amanecer construye, y dueña de Montevideo puede, aunque de allá no se mueve nunca, visitar los países de su reino, llenarlos de sus canciones, y bañarlos, en la luz de faro que sus pupilas lanzan, a todos sus devotos.

L. E. Nieto Caballero

Al margen de los Persiflages que se refieren a gentes y cosas de escuelas

Osías Castro y su Escuela de Artes y Oficios del Taller de Obras Públicas.—Hace pocos días oí a unos maestros comentar la visita que acababan de hacer a la Escuela de Artes y Oficios establecida en el Taller de Obras Públicas de San José. Me dieron ganas de ir y también a curiosear y fui.

Lo que encontré es de aquello en donde el espíritu ansioso de sencillez y de fuerza se siente a sus anchas. Nada de romanticismos y artificios cursis inventados por los modernos pedagógos de estas latitudes—pobres imitaciones de métodos o prácticas de los Estados Unidos— con el fin de producir la ilusión de que están educando.

En la Escuela de Artes y Oficios a que me refiero—y loado por ello sean los dioses!—no acogen al visitante con discursos interminables, ni con recitaciones en coro o individuales ni demás tonterías con aire de cosa inteligente que se acostumbra en la mayor parte de las escuelas y colegios de aquí y de allá. No, lo que salió a nuestro encuentro y nos rodeó luego fué el trabajo, pero el trabajo sin pretensiones de trascendentalismo alguno, desnudo, fresco, alegre, lleno de promesas como un árbol de yemas en primavera. Los obreros son muchachos de trece a diecisiete años lo más. En el recinto palpitan ruidos agradables. Cepillan, serruchan, martillean, tornean, toman medidas, dibujan, forjan, caldean, taladran. En el aire flotan chispas, rubio aserrín y olor a madera nueva. La Geometría no es como en las aulas de las otras escuelas algo que parece no tener arte ni parte en las dimensiones de los cuerpos terres-

tres: va y viene con armonioso movimiento. Los decimales se aplican y no resultan una lucha entre maestro y alumnos. Decroly, Ferriere y demás apóstoles de la Escuela Nueva y de la Escuela del Trabajo, se habrían sentido contentos en este ambiente. Sin embargo ni su fundador Osías Castro, ni los maestros que dirigen el trabajo de los muchachos, saben nada de Pedagogía ni de nuevos ni viejos métodos de enseñanza. Quizá sea por eso que van saliendo adelante con su empeño. (Cómo me parece cada día más cierto aquello de que "el que puede hace y el que no puede enseña"). Si yo fuera escultora, gozaría tomando por modelo al adolescente que da con el mazo en el hierro rojo que otro muchacho sostiene sobre el yunque. ¡Cuán bellos sus movimientos al levantar y dejar caer el mazo! ¡Cuánta armonía en este cuerpo joven que trabaja! Se le hinchan los bíceps con el esfuerzo y las venas de la frente se le quiere saltar. El reflejo rojo del hierro candente ilumina el rostro grave de los muchachos absortos en su tarea. El metal se vuelve dócil bajo la energía del brazo y el canto del yunque sube a través del aire luminoso del medio día como un himno al trabajo y a la fuerza.

Hay unos muchachos que con tiras sacadas de unos estañones construyen camas de hierro para la policía y los soldados: así no se los comerán las chinches. Otros remiendan los carretillos que acarrean material en las carreteras en construcción, o les hacen ruedas más resistentes que aquellas con que éstos vienen del extranjero.

Me cuentan que están preparando una exposición para el mes de setiembre próximo. Ya tienen bastantes objetos listos: escritorios, sillas, estantes, martillos, pinzas, llaves fijas. El hombrecito que apenas si tendrá diecisiete años, ha construido la silla giratoria de escritorio, tan bien terminada que tenemos ante los ojos; ese otro es el que hizo el escritorio artístico que nos señala el maestro de ebanistería, con sus taraceas tan lindas de madera de café y de grevílea. Hay un obrerito que toma medidas y aplica en la construcción del portón de hierro forjado—uno de cuyos batientes está ya por terminarse—los conocimientos que sobre dibujo decorativo le da el maestro de dibujo Arturo Ramón.

La casa abandonada...

(Viene de la página 220)

miento a los galiegos de España. Y yo contesto a Pedro Claramonte que prefiero hacer un llamamiento a los naturales de Galicia, que viven lejos, muy lejos de la patria querida. Tal vez éstos, por vivir lejos, sientan al leer estas líneas una angustia en sus corazones; tal vez vean en la casita que se va a derrumbar el símbolo de toda una tierra que ellos aman tanto, y que es una de las más hermosas de España.

El llamamiento está hecho, querido don Pedro Claramonte; el escritor ha dado lo que podía dar; el fruto de su pluma; que otros den, si quieren, otra cosa.

A z o r / ñ

Madrid, 1880.